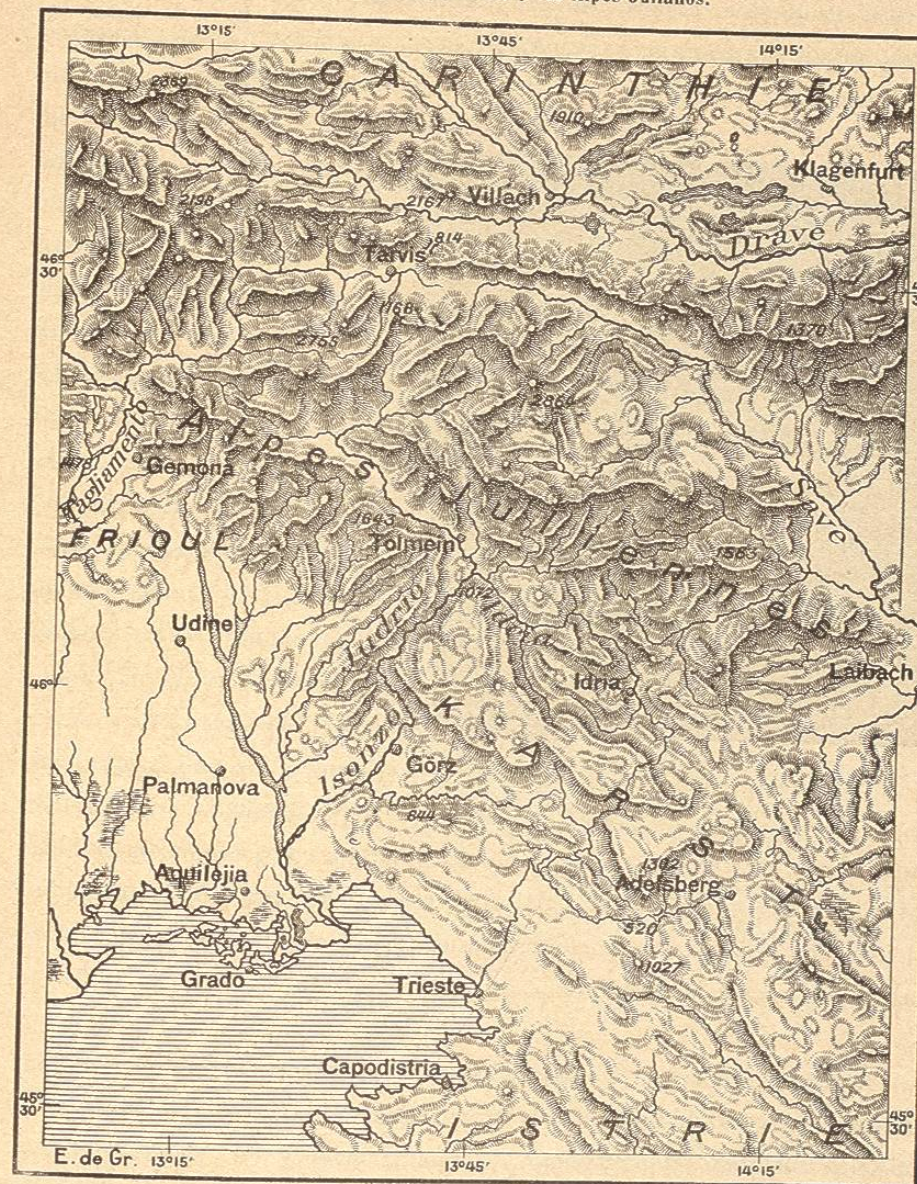


sias cristianas de Oriente y Occidente estaba consumada. Ese movimiento, calificado en la historia de «gran cisma» por excelencia, tuvo por verdadera causa la rivalidad natural de las dos ciudades, Roma y Constantinopla, que fueron los centros de gravedad opuestos en el equilibrio del mundo mediterráneo: los puntos de atracción, los núcleos habían llegado á dividirse, la separación era, por consecuencia, necesaria entre las dos órbitas. En cuanto á las razones alegadas de una parte y de otra, realmente harto mezquinas para inspirar convicciones profundas, no eran más que miserables pretextos: el uso del pan ácimo, el de la leche, el número de los días de ayuno, el tenor y el orden de los cánticos, las inclinaciones ó genuflexiones observadas durante las fiestas, eran pequeñeces que no hubieran podido separar comunidades ardientemente unidas en un mismo impulso de fe. El hecho de conceder importancia á tales fruslerías, demuestra cuán grande era en el fondo la indiferencia general de los fieles: dejarse así dividir en dos rebaños, que quedan enemigos porque ya no se conocían, prueba que obedecían á intereses políticos y no á la convicción íntima. Por otra parte, mucho antes de haberse proclamado de una manera oficial, ya existía el cisma entre las dos iglesias. Hacia el fin del siglo V, menos de un centenar de años antes que se cumpliera el fenómeno de gemación entre los dos imperios, ya había comenzado la escisión: voluntades diversas, supervivencias diferentes, oposiciones de nacionalidades y de costumbres habían dado á las dos Iglesias una fisonomía distinta, independientemente de la contradicción de los dogmas. Lo que manifiesta la unión aparente más allá de su verdadera duración, fué el prestigio de Roma, la «ciudad» por excelencia; por lo demás, tenía la ventaja de ser en Occidente la única capital religiosa, con la única excepción de Aquileya, reemplazada en el siglo VI por Grado, que tenía también un patriarca, mientras que en Oriente, Constantinopla dividía el poder supremo con Alejandría, Antioquía y Jerusalén.

La reconstitución del imperio de Occidente con Carlomagno aumentó el contraste de las condiciones políticas y religiosas entre las dos mitades de Europa: los intereses del papado le obligaron á volverse por completo hacia soberanos de origen bárbaro, que

reinaban en ciudades del norte brumoso, lejos de la Ciudad Eterna. El papa, — como se llamaba ya al obispo de Roma —, había exco-

N.º 307. Aquileya, Grado y los Alpes Julianos.



mulgado á Focio, patriarca de Constantinopla, por causa de insubordinación, y éste respondió, en 867, por una acusación detallada

en que reprochaba á la Iglesia de Occidente, no sólo prácticas contrarias á la tradición, sino también herejías. La desviación de las creencias y de los ritos se hallaba así definitivamente demostrada, pero la prudencia dominó mucho tiempo sobre los odios y los rencores, porque ninguna de las dos Iglesias cristianas no quería atraerse el reproche de haber roto la unidad católica, principio fundamental de la religión del



ICÓN CATÓLICO ROMANO

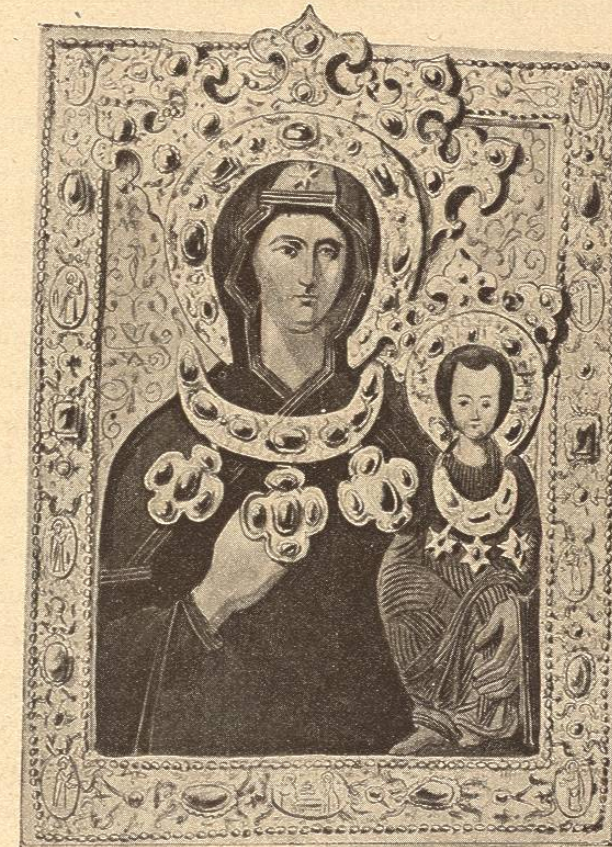
Cristo; al fin, la cuestión de la «hostia ácima» ó pan sin levadura, que los cristianos orientales consideraban como una superstición judaica, hizo estallar como un trueno la desunión preparada hacia siglos, y de una parte y de otra se lanzaron anatemas. El cisma estaba consumado. Y el hecho ocurría en 1054, á la mitad del siglo XI, en la época en que la potencia papal estaba en pleno as-

cedente: la escisión de los dos cultos estaba ya tan bien establecida en las masas profundas del bajo clero y de los pueblos mismos, que el prestigio del pontífice de Roma en todo el mundo occidental no sufrió nada con la separación oficial.

Durante el curso de los siglos, los obispos de Roma habían aprovechado gradualmente la ventaja excepcional que les había valido la traslación del imperio á Constantinopla y el prolongado interregno vacante del trono de Occidente: eran los «primeros en Roma», y Roma era la primera de las ciudades, ganaban incesantemente en autoridad y en santidad cerca de los fieles de todos los reinos de Occidente. Por su parte habían sabido aprovechar las numerosas ocasiones fáciles para llegar á ser príncipes entre los prin-

cipes. Desde los primeros siglos habían podido erigirse en grandes propietarios, pero sus territorios ó «patrimonios» no les pertenecían sino bajo la soberanía de los exarcas de Rávena y de los emperadores de Oriente. Amenazados en sus posesiones y privilegios por los reyes lom-

bardos, invocaron el apoyo de Pepino el Breve, á quien ayudaron á hacerse rey, y quien, en pago, les aseguró la posesión de las «Marcas» entre Ancona y Rávena. El «poder temporal» de los papas quedó fundado y pronto se aumentó notablemente, gracias á Carlomagno, quien recibió la corona de manos de León III. Verdad es que éste quedó como simple vasallo, desde el punto de vista puramente terrenal, pero si consagraba los



Gabinete de las Medallas.

De una fotografía.

ICÓN DE LA IGLESIA ORTODOXA GRIEGA

reyes y los emperadores, ¿no detentaba un poder divino que le colocaba sobre todos los hombres? Eso es lo que los papas afirmaron después: sobre este punto la doctrina de la Iglesia quedaba definitivamente establecida, con mayor motivo teniendo en cuenta que ella misma tuvo cuidado de formular claramente el pretendido derecho por una colección de decretales que se atribuían á los papas de los seis primeros siglos de la era cristiana. En ellas se creyó ó se fingió creer durante setecientos años, hasta que fueron demostradas falsas ó á lo menos falsificadas después de la Reforma.

Sin embargo, los emperadores de Alemania, aunque coronados por los papas, les disputaban enérgicamente el poder. Tratábase entonces de un duelo á muerte entre dos amos que, lógicamente, por el mismo hecho de las doctrinas que uno y otro proclamaban, tenían igual derecho al poder absoluto y universal. El monarca que, el mismo día que subía al trono, tomaba en la mano izquierda el globo, símbolo del universo, y que con la mano derecha cogía el cetro, signo del mando, ¿no estaba claramente designado á los ojos de todos como el dominador único? Y, además, el que había plantado su cruz en la misma cima del globo, ¿no resultaba así como soberano del soberano? ¿No era implícitamente reconocido como el dispensador de las cosas de la tierra por aquel mismo á quien había dado el Imperio? Bien patente quedó durante la lucha, verdaderamente grandiosa por sus cuadros épicos, á que Hildebrando, el fraile fogoso llegado á papa bajo el nombre de Gregorio VII (1073-1085), hizo asistir el mundo. Elevado al trono de San Pedro, el pontífice empezó á dar órdenes á todos «de parte de Dios todopoderoso y por su autoridad». Hasta designó, aunque con mal éxito, aquel de quien quería hacer un emperador, el duque de Suabia, Rodolfo, ilustrado por ese verso ridículo y famoso: *Petra dedit Petro, Petrus diadema Rodolpho*¹; pero si fracasó en esta tentativa, al menos se vengó sobre el emperador elegido, Enrique IV, cuando le hizo despojar de sus vestidos y permanecer descalzo en el patio helado de Canosa, ayunar durante tres días ante los criados burlones y después pedir gracia vestido de penitente. El poder del papado había de ser como el sol, iluminando con su luz propia, que es la de Dios, mientras que el poder del Estado es un simple reflejo de luna, un resplandor que desaparece en cuanto se oculta el astro central.

Es cierto que con Gregorio VII la institución del papado alcanzó su punto culminante. Siendo más rey que teólogo, Hildebrando se ocupó mucho menos de obtener el asentimiento de las conciencias que la sujeción de las voluntades. Ante todo los sacerdotes le debían una obediencia absoluta, y por consiguiente habían de desprenderse del mundo para pertenecer por completo á la Igle-

¹ La Iglesia dió la diadema á Pedro y éste á Rodolfo.

N.º 308. Posesiones de Gregorio VII.



1: 10 000 000

0 100 250 500 Kil.

La parte de Italia cubierta de un rayado representa los Estados de la Iglesia en la época de su mayor extensión en la Edad Media: el Patrimonio de San Pedro en el mar Tirreno, el exarcado de Rávena en el Adriático y el distrito de Perugia que enlazaba el uno al otro. En 1077, Matilde, la Gran Condesa, hizo donación á Gregorio VII de todos sus dominios, que comprendían toda la Toscana y parte de Lombardía hasta más allá del Po, pero la resistencia de las ciudades, secundadas por el emperador, impidió que se efectuara la toma de posesión.

Próximo á Gaeta, un pequeño país que comprendía Spigno y Sujo, estuvo en poder de los Sarracenos hasta 916. Toda la baja Italia y la Sicilia estuvieron gobernadas por los Tancredo desde 1080; Roberto Guiscard llegó hasta desafiar á Alejo Comneno en Durazzo en 1082 y tomó posesión de la costa.

sia: el matrimonio de los eclesiásticos, hasta entonces permitido ó tolerado, fué desde entonces estrictamente prohibido, como lo estaba